

LA MUERTE DE ISOLDA 2003-4

Concluía el primer acto de *Tristán e Isolda*. Cansado de la agitación de ese día, me quedé en mi butaca, muy contento de mi soledad. Volví la cabeza a la sala, y detuve en seguida los ojos en un palco bajo.

La miré largo rato a ojos descubiertos porque la veía muy bien, y porque cuando el hombre está así en tensión de aspirar fijamente un cuerpo hermoso, no recurre al arbitrio femenino de los anteojos.

Comenzó el segundo acto. Volví aún la cabeza al palco y nuestras miradas se cruzaron. Yo, que había apreciado ya el encanto de aquella mirada vagando por uno y otro lado de la sala, viví en un segundo, al sentirla directamente apoyada en mí, el más adorable sueño de amor que haya tenido nunca.

Fue aquello muy rápido; los ojos huyeron, pero dos o tres veces, en mi largo minuto de insistencia, tornaron fugazmente a mí.

Fue asimismo, con la súbita dicha de haberme soñado un instante su marido, el más rápido desencanto de un idilio. Sus ojos volvieron otra vez, pero en ese instante sentí que mi vecino de la izquierda miraba hacia allá, y después de un momento de inmovilidad por ambas partes, se saludaron.

.....
- Sí, se repiten – sacudió largo rato la cabeza-. Todas las situaciones dramáticas pueden repetirse, aún las más inverosímiles se repiten. Es menester vivir, y usted es un muchacho... y las de su *Tristán* también, lo que no obsta para que haya allí el más sostenido alarido de pasión que haya gritado alma humana... Yo quiero tanto como usted a esa obra, y acaso más... No me refiero, querrá creer, al drama de *Tristán* y con él las treinta y dos situaciones del dogma, fuera de la cuales todas son repeticiones. No; la escena que vuelve como una pesadilla, los personajes que sufren la alucinación de una dicha muerta, es otra cosa... Usted asistió al preludio de una de esas repeticiones... Sí, ya sé que se acuerda... No nos conocíamos con usted entonces... ¡Y precisamente a usted debía hablarle de esto! Pero juzga mal lo que vio y creyó un acto mio feliz... ¡Feliz!! Óigame. El buque parte dentro de un momento, y esta vez no vuelvo más... Le cuento esto a usted como si se lo pudiera escribir, por dos razones: primero, porque usted tiene un parecido pasmoso con lo que era yo entonces -- en lo bueno únicamente, por suerte-, y segundo porque usted, mi joven amigo, es perfectamente incapaz de pretenderla, después de lo que va a oír. Óigame:

La conocía hace diez años, y durante los seis meses que fui su novio hice cuanto estuvo en mi para que fuera mía. La quería mucho, y ella, inmensamente a mí. Por eso cedió un día, y desde ese instante, privado de tensión, mi amor se enfrió.

Nuestro ambiente social era distinto, y mientras ella se embriagaba con la dicha de mi nombre -- se me consideraba buen mozo entonces- yo vivía en una esfera de mundo donde me era inevitable flirtear con muchachas de apellido, fortuna, y a veces muy lindas.

Una de ellas llevó conmigo el flirteo bajo parasoles de *garden-party* a un extremo tal, que me exasperé y la pretendí seriamente. Pero si mi persona era interesante para esos juegos, mi fortuna no alcanzaba a prometerle el tren necesario, y me lo dio a entender claramente.

Tenía razón, perfecta razón. En consecuencia flirteé con una amiga suya, mucho más fea, pero infinitamente menos hábil para estas torturas del *tête-à-tête* a diez centímetros, cuya gracia exclusiva consiste en enloquecer a su flirt, manteniéndose uno dueño de sí. Y esta vez no fui yo quien se exasperó.

Seguro, pues, del triunfo, pensé entonces en el modo de romper con Inés. Continuaba viéndola, y aunque no podía ella engañarse sobre el amortiguamiento de mi pasión, su amor era demasiado grande para no iluminarle los ojos de felicidad cada vez que me veía.

La madre nos dejaba solos; y aunque hubiera sabido lo que pasaba, habría cerrado los ojos para no perder la más vaga posibilidad de subir con su hija a una esfera mucho más alta.

Una noche fui allá dispuesto a romper, con visible malhumor, por lo mismo. Inés corrió a abrazarme, pero se detuvo, bruscamente pálida.

-¿Qué tienes? – me dijo.

- Nada – le respondí con sonrisa forzada, acariciándole la frente. Ella dejó hacer, sin prestar atención a mi mano y mirándome insistentemente. Al fin apartó los ojos contraídos y entramos en la sala.

La madre vino, pero sintiendo cielo de tormenta, estuvo sólo un momento y desapareció.

verdadera causa de aquella arrojada empresa, en que tantos buenos cristianos habían perecido para contribuir al logro de una pasión indigna.

El caballero, embriagado en el amor que, al fin, logró encender en el pecho de la hermosísima mora, ni hacía caso de los consejos de sus amigos, ni paraba mientes en las murmuraciones y las quejas de sus soldados. Unos y otros clamaban por salir cuanto antes de aquellos muros, sobre los cuales era natural que habían de caer nuevamente los árabes, respuestos del pánico de la sorpresa.

Y, en efecto, sucedió así: el alcaide allegó gentes de los lugares comarcanos, y una mañana el vigía que estaba puesto en la atalaya de la torre bajó a anunciar a los enamorados amantes que, por toda la sierra que desde aquella roca se descubre, se veía bajar tal nublado de guerreros, que bien podía asegurarse que iba a caer sobre el castillo la morisma entera.

La hija del alcaide se quedó, al oírlo, pálida como la muerte; el caballero pidió sus armas a grandes voces y todo se puso en movimiento en la fortaleza. Los soldados salieron en tumulto de sus cuadras, los jefes comenzaron a dar órdenes; se bajaron los rastrillos, se levantó el puente colgante y se coronaron de ballesteros las almenas.

Algunas horas después comenzó el asalto.

El castillo podía llamarse con razón inexpugnable.

Sólo por sorpresa como se apoderaron de él los cristianos, era posible rendirlo. Resistieron, pues sus defensores una, dos y hasta diez embestidas.

Los moros se limitaron, viendo la inutilidad de sus esfuerzos, a cercarlo estrechamente para hacer capitular por hambre a sus defensores.

El hambre comenzó, en efecto, a hacer estragos horribos entre los cristianos; pero sabiendo que, una vez rendido el castillo, el precio de la vida de sus defensores era la cabeza de su jefe, ninguno quiso hacerle traición y los mismos que habían reprobado su conducta juraron perecer en su defensa.

Los moros, impacientes, resolvieron dar un nuevo asalto al mediar la noche. La embestida fue rabiosa, la defensa desesperada y el choque horrible. Durante la pelea, el alcaide, partida la frente de un hachazo, cayó al foso desde lo alto del muro, a que había logrado subir con la ayuda de una escala, al mismo tiempo que el caballero recibía un golpe mortal en la brecha de la barbacana, en donde unos y otros combatían cuerpo a cuerpo entre las sombras.

Los cristianos comenzaron a cejar y a replegarse. En este punto la mora se inclinó sobre su amante, que yacía en el suelo, moribundo, y tomándolo en sus brazos con unas fuerzas que hacían mayores la desesperación y la idea del peligro, lo arrastró hasta el patio de armas. Allí tocó un resorte y, por la boca que dejó ver una piedra al levantarse como movida de un impulso sobrenatural, desapareció con su preciosa carga y comenzó a descender hasta llegar al fondo del subterráneo.

Liceo Militar "Gral. Artigas"

Texto: La muerte de Isolda.

Autor: Horacio Quiroga.

Propuesta: 4º. Año.

Marque la respuesta correcta:

1º. - Con la lectura del título del texto:

- a.- Se capta todo el contenido.
- b.- No se entiende el contenido.
- c.- Se comprende lo esencial.
- d.- Con determinada información cultural se puede suponer el tema del texto.

2. - El origen del texto es:

- a.- Reflejo de la vida real.
- b.- Producto de una obra literaria.
- c.- Un hecho histórico.
- d.- Un amor infiel.

3. - Las fugaces miradas de la joven del palco al narrador protagonista indican que:

- a.- Está sumamente interesada en él por su elegancia.
- b.- Lo busca con su mirada porque lo ama.
- c.- Quiere conquistarlo por ser acaudalado.
- d.- No tiene interés en él.

4.- Las primeras palabras del vecino de la izquierda al narrador indican:

- a.- Un estado de felicidad, como lo supuso su compañero.
- b.- Que huye por causa de un amor imposible
- c.- Que la joven del palco fue un amor insignificante.
- d.- Que el pasaje del tiempo borró el gran amor por ella.

5. - ¿Cuál fue la causa del enfriamiento amoroso hacia a la joven pálida de profunda belleza?

- a.- Otras jóvenes más atractivas.
- b.- No poseer el dinero que aspiraba.
- c.- Haber cedido la joven a los requerimientos amorosos.
- d.- Serios problemas de celos.

9. - La creencia popular inmortalizó esta gesta, ¿cómo?

- a.- Recordando el enfrentamiento bélico.
- b.- Con la visión de la hija del alcaide vestida de blanco llenando en el río una jarrica de agua.
- c.- Recordando la fortaleza inexpugnable.
- d.- Visitando la cueva, testigo de los sufrimientos.

10. - Amor constante abre otro camino de vida, más allá de la muerte, a la mora, ¿cómo?

- a.- El Caballero reconoció la enormidad de su pecado.
- b.- Quieres morir en mi religión y si me salvo salvarte conmigo, le dijo.
- c.- Ante la imperceptible aceptación derramó sobre su cabeza el agua bautismal invocando al Todopoderoso.
- d.- Al día siguiente los soldados entraron en la cueva y encontraron los despojos de aquellas almas atormentadas.

11. - Los cristianos comenzaron a cejar y replegarse.

El término cejar significa:

- a.- Saltar
- b.- Avanzar lentamente.
- c.- Quedarse quieto.
- d.- Caminar hacia atrás.

12. - En este punto la mora se inclinó sobre su amante, que yacía en el suelo moribundo.

El término yacía lleva tilde:

- a.- Para indicar que es aguda.
- b.- Para indicar que es esdrújula.
- c.- Para indicar que es grave.
- d.- Para indicar que es hiato.